

## FUNCION DE LA CATEQUESIS EN LA TOTALIDAD DE LA MISION DE LA IGLESIA

### II

En la *primera parte* de nuestro trabajo<sup>1</sup> hemos estudiado un conjunto de presupuestos de orden teológico previos a cualquier sondeo suficientemente profundo de la función de la Catequesis en la misión total de la Iglesia.

Vimos los presupuestos siguientes: función apostólica de toda la Iglesia, definición de la Iglesia a partir de Cristo, instrumentalidad en la Iglesia, concepto de acción eclesial y, sobre todo, la relación entre la Palabra y el Sacramento. El ministerio sacramental exige el profético, en el cual está incluido el catequístico: si se prescindiera de éste, la interiorización de aquél en los fieles se empobrecería constantemente.

Es indiscutible que el exigirlo tanto, y precisamente partiendo de su misma realidad ontológica interna, es la mejor manera de enaltecerlo<sup>2</sup>.

En esta *segunda parte* sondearemos con más precisión el objeto propio de la Catequesis. Para ello es necesario analizar las etapas del itinerario espiritual del cristiano si queremos que, a la postre, su vida interior sea robusta y fecunda. Si dichas etapas fallan, ya porque se prescinda de alguna de ellas, ya porque se resientan de debilidad interna, todo el edificio espiritual será deficiente e incompleto.

---

<sup>1</sup> SINITE, 1 (1960) 143-158.

<sup>2</sup> Una de las adquisiciones más significativas en la vida de la Iglesia de los últimos tiempos es, sin duda, el sentido de la Palabra de Dios, concebida ésta no sólo como recuerdo de las obras pasadas de Dios, sino como su acción en la Iglesia actual: en ella, las palabras de Cristo resuenan con la misma virtud que tuvieron cuando se expresaron por primera vez. (Cfr.: Louis BOUYER, *Le Mystère pascal. Méditation sur la liturgie des trois derniers jours de la Semaine Sainte*, 5.<sup>e</sup> édition, Cerf, Paris, 1957, pp. 317-319.—Otto SEMMELROTH, *Die Kirche als Ursakrament*, Josef Knecht, Frankfurt am Main, 1955.—Id., *Das Christusergebnis und unser Heil*, R. F. Edel, Marburg an der Lahn, 1960.)

Propondremos divisiones algo esquemáticas. Tenemos plena conciencia de que nos entregamos a una vivisección ideal de la realidad. Los elementos de ésta, en efecto, se hallan en su existencia concreta difusos, entremezclados y con fronteras poco delimitadas.

Nos serviremos de las luces que nos proporciona la Teología de la Fe, considerada bajo su ángulo pastoral existencial: el proceso y leyes evolutivas de su crecimiento o disminución en el pueblo cristiano. Consultaremos también la Historia de la Catequesis en sus grandes siglos de oro, que fueron los patrísticos, época de estructuración y de realizaciones catequísticas bien concretas.

En la perspectiva total de este itinerario del cristiano hacia la perfección, aparecerá mejor situado el lugar excepcional que ocupa la Catequesis en la misión de la Iglesia, es decir, en su edificación y plenitud como Cuerpo Místico de Cristo<sup>3</sup>.

En este trabajo estudiaremos el *proceso de la vida cristiana en la Iglesia de los primeros siglos* (I) y la *función de la Catequesis en la pastoral de la Iglesia actual* (II). De aquí deduciremos un *corolario* que contendrá la crítica de ciertas formas deficientes de nuestra vida pastoral moderna (III). Terminaremos con dos breves *conclusiones* (IV).

## I.—El proceso de la vida cristiana en la Iglesia de los primeros siglos

Empecemos por investigar en la Tradición pastoral patrística, el proceso de la vida espiritual del cristiano, desde que entraba en contacto con la fe hasta que accedía a las etapas más perfectas de la misma.

### A) PREDICACIÓN KERIGMÁTICA.

Es el primer pregón de los apóstoles y evangelizadores. Contiene el anuncio a los paganos, en forma de *mensaje*<sup>4</sup>, del misterio central de Jesucristo. Lo constituye su venida para establecer el Reino y so-

<sup>3</sup> El enfoque que vamos a adoptar en el presente artículo ha sido estudiado por P.-A. LIÉGÉ, O. P., en varios de sus escritos. Nos referimos en especial a las lecciones que de él hemos recibido oralmente en el Instituto Católico de París y a la obra siguiente: *Le Mystère de l'Eglise*, Initiation Théologique, vol. 4 (1954), páginas 356-362.

<sup>4</sup> Los términos griegos *keryssein* (verbo) y *kerygma* (substantivo) indican la acción de proclamar, de gritar un mensaje al pueblo, y el contenido del mismo, respectivamente. El que lo proclama es el heraldo. Habla fundamentalmente como embajador o mensajero, y no como filósofo. En él importa lo que dice y no tanto la persona que habla.

El *kerigma* cristiano es el grito del heraldo o apóstol para publicar la Buena Nueva. El contenido de ese grito es la Muerte y Resurrección de Cristo para

bre todo su Resurrección, acontecimiento siempre actual, recapitulación a la vez que meta de todos los otros misterios de su vida.

Estos misterios centrales, más exactamente, ese misterio central, objeto del primer anuncio evangélico, será el núcleo alrededor del cual se irá desarrollando toda la predicación e instrucción. Ya se advierte que, desde el principio de la estructuración espiritual de los cristianos, se empiezan a diseñar en su catalogación de valores religiosos un equilibrio y primacía según los cuales lo fundamental del Cristianismo ocupa el primer lugar; sobre ello se van injertando las restantes realidades religiosas, dogmáticas y morales.

B) La CONVERSIÓN del catecúmeno. Es una de las etapas que más cuidadosamente exigía y comprobaba la Iglesia de los Padres. No administraba el bautismo hasta no poseer certeza plena de la seriedad de la conversión de los catecúmenos. A la administración del sacramento del bautismo precedía largo tiempo, años enteros, de prueba. Los padrinos lo eran del bautismo, es decir, testigos, ante la Iglesia, de la verdadera conversión de sus ahijados. La conversión, en el proceso de la vida cristiana, precedía, pues, al bautismo<sup>5</sup>.

C) Seguía la INSTRUCCIÓN durante la Cuaresma. También precedía al bautismo. Era elemental y se ceñía a las verdades fundamentales del Cristianismo expuestas y enmarcadas dentro del proceso dinámico de la Historia de la Salvación y no según la forma de sistema intelectual, al modo como proceden las estructuraciones puramente racionales y filosóficas que también han encontrado eco en la catequesis de los últimos tiempos<sup>6</sup>.

Se resumía dicha Instrucción en el Símbolo de los Apóstoles. Examinándolo de cerca notaremos que no consiste éste formalmente en un conjunto de verdades elaboradas sistemáticamente, y que en él no

---

salvarnos. En forma de kerigma hablaban Cristo y los apóstoles, como se puede observar en los Hechos y en las Epístolas de San Pablo (Cfr.: Andrés Avelino ESTEBAN ROMERO, *La controversia en torno a la Teología kerigmática*, XV Semana Española de Teología, Madrid, 1956, pp. 369-388.—Casiano FLORISTÁN, *El kerigma cristiano. Concepto, historia y controversia*, «Lumen», año VI, número 24, pp. 289-307.—Alejandro de VILLALMONTE, O. F. M. Cap., *Sentido y posibilidades de una Teología kerigmática*, «Cuadernos de Teología Kerigmática», número 1, Ediciones «Naturaleza y Gracia», Salamanca, 1958).

<sup>5</sup> Cfr.: Josef Andreas JUNGSMANN, S. J., *Catequética. Finalidad y método de la instrucción religiosa*, Herder, Barcelona, 1957, pp. 15-22.—Guy de BRÉTAGNE, *Le catéchisme-institution. Esquisse historique*, «Lumen Vitae», 5 (1950) 285-393.

<sup>6</sup> Cfr. VAN DER MEER, *Saint Augustin, pasteur d'âmes*, II, Alsacia, Colmar-Paris, 1949, 273-285. En esta excelente obra, traducida del holandés, y en las páginas indicadas, se expone el contenido y método que San Agustín recomendaba a los catequistas en la exposición de la doctrina cristiana.

domina la preocupación apologética como sucede en el Símbolo de Constantinopla o en el llamado de San Atanasio. Sigue, al contrario, más bien el proceso de la Historia salvífica que nos narra la Sagrada Escritura: Dios, Creación, Pecado, Redención, Iglesia y Escatología<sup>7</sup>.

Dicha Instrucción no era abstracta; al contrario, procedía al compás de los ritos bautismales: éstos, por su concreción, riqueza simbólica, explicaciones catequísticas concomitantes y forma «según verdad» de celebrarlos, constituían catequesis excelente de los signos sacramentales y efectos espirituales que, después, debían recibir los catecúmenos en el bautismo.

El proceso normal de la vida cristiana era, pues: la conversión a la Fe; la Catequesis, su alimento; el Bautismo, su sacramento.

D) EL BAUTISMO O SACRAMENTO DE LA FE. Presupone la fe como virtud y como deseo. Es, por consiguiente, en la contextura y contenido del edificio espiritual, fase relativamente adulta y perfecta. Basta reflexionar en las fases que le han precedido y observar cuán íntimamente vinculado estaba en el tiempo con la fase última, la eucarística; tanto, que ambos sacramentos, junto con el de la Confirmación, se debían recibir en la misma celebración, la Santa noche de Pascua o la de la vigilia de Pentecostés.

E) Etapa de FORMACIÓN ininterrumpida a lo largo de toda la vida cristiana. Su objeto era ir abriendo constantemente los tesoros del misterio cristiano a los fieles, de acuerdo con su evolución mental y cultural y con sus necesidades profesionales; de ese modo la religión cristiana informa y da respuesta precisa y adecuada a todos los problemas de la vida, respuesta que en cada etapa evolutiva y relacionada consigo misma es, o puede ser, transcendental y decisiva, aun cuando en relación con otras anteriores o posteriores no lo sea: la Iglesia de los Padres prestaba especial cuidado al ministerio de la Palabra en su forma homilética. En los tiempos posteriores esta atención sufrió bastante menoscabo.

F) La fase EUCARÍSTICA significa, en la tierra, la etapa final y más perfecta, la cima de todos los sacramentos, a la cual todos se ordenan. Esta ordenación es tan obvia que la pastoral de los primeros tiempos, hasta la elaboración escolástica, desconocía la presentación excesiva-

<sup>7</sup> Cfr. Walter CROCE, S. J., *Le contenu de la catéchèse: le message du Salut, «Lumen Vitae»*, 11 (1956) p. 641 ss. MARTIMORT, A. G., *Catéchèse et catéchisme*, «La Maison-Dieu», núm. 6, p. 44. Por su carácter catequístico, el símbolo de los apóstoles continúa aún actualmente en el rito bautismal.

mente paralela que ahora nos es familiar al exponer los sacramentos y que en la catequesis es especialmente impropia y contraproducente. Los sacramentos no se presentaban, como se hizo después, según una dicotomía paralela, como si no tuviesen relación unos con otros, y como si todos gozasen de la misma importancia <sup>8</sup>.

Los consideraban, al contrario, como cortejo de la Eucaristía, según el criterio siguiente: los sacramentos del bautismo, confirmación y penitencia como preparatorios a la Eucaristía, si bien según modalidades diferentes: el orden y el matrimonio adornados con función social en la Iglesia: el primero destinado a proporcionar ministros a la Eucaristía y el segundo con la finalidad de asegurarle comulgandos al mismo tiempo que signo de la unión mística de Cristo con su Esposa, unión que realiza eminentemente la Eucaristía; finalmente, el sacramento que dispone al fiel, terminada su carrera terrena, a la Eucaristía escatológica, a la cual prepara, en los signos sacramentales, la Eucaristía sacramental <sup>9</sup>.

Esta fase eucarística es última en la tierra en la medida en que su recepción no sea meramente material, formalista o excesivamente subjetiva, sino a condición de integrar en sí los requisitos y exigencias de una auténtica celebración de la Pascua, que es el «Paso» espiritual, con Cristo, a nueva vida <sup>10</sup>, realizado en acto de Iglesia, profundamente unidos a toda la comunidad cristiana. Ello requiere esencialmente el acto de Cristo. Pero también es necesaria, por parte del hombre, su participación en él, de manera adulta. La Eucaristía es, en efecto, no sólo acto de Cristo; lo es también de su Cuerpo Místico.

Llegados aquí, ya nos encontramos de lleno en el *nervio de nuestra reflexión*: un cristiano, de modo normal, para realizar en sí la idea de Dios relativa a su plenitud espiritual, debe haber pasado por todas esas fases; como cada una de ellas posee valor perenne y no puramente transitorio debe, en la fase final, contenerlas y vivirlas de manera eminente.

<sup>8</sup> Es de notar que según la enseñanza de Santo Tomás, los sacramentos son desiguales y todos se orientan y convergen en la Eucaristía: «Bonum commune spirituale totius Ecclesiae continetur substantialiter in ipso Eucharistiae sacramento» (S. T. III q. 65, art. 3, ad primum).

<sup>9</sup> Louis BOUYER, *La vie de la liturgie*, coll. «Lex Orandi», Les Editions du Cerf, Paris, 1956, p. 197 y 198. La misma vida y experiencia místicas han de referirse necesariamente, si no quieren tornarse excesivamente subjetivas y psicológicas, a su hogar original, es decir, a la Eucaristía. La vida mística, en efecto, no puede comprenderse en el cristianismo más que como el desarrollo, de modo extraordinario, del germen eucarístico (Cfr. L. BOUYER, *op. cit.*, páginas 309 y 310).

<sup>10</sup> Col. 3, 1-4.

Esto se puede llevar a cabo de dos modos diversos:

El *primero*, mediante la sucesión cronológica de las fases señaladas. Es el proceso más lógico. Cuando se trata de adultos es normal y necesario. En los primeros siglos, la realidad se acercaba mucho al ideal, ya que la estructura de la organización catecumenal descansaba positivamente sobre esa base.

Pero de cuanto hasta aquí hemos dicho se desprende que las etapas señaladas son absolutamente imprescindibles para la vida interior de la Iglesia. Siendo esto así, al desaparecer con el catecumenado la disciplina antigua, surgirá la necesidad de una institución cuya razón de ser consista en subsanar las lagunas consecuentes.

La *misión de la Catequesis* se pone en evidencia al situarnos frente a esta visión concreta y dinámica de la fe. Desempeña función fundamental en los diferentes pasos del proceso espiritual de los cristianos, proceso que constituye la misma razón de ser de la Iglesia en su estadio de peregrina.

Es el *segundo modo* que nos queda aun por estudiar y que recorreremos analizando, una a una, sus partes integrantes.

## II.—La catequesis y el proceso de la vida cristiana en la Iglesia actual

Examinemos detenidamente la fe refiriéndonos a las fases de la vida cristiana que hemos considerado anteriormente.

Procederemos en nuestra reflexión examinando de cerca el contenido y la razón de ser de cada etapa y el estado de su realización concreta en el cristiano, tal y como se nos presenta en la época actual; deduciremos después el papel que, en nuestra situación, incumbe a la Catequesis.

A guisa de *corolario* nos aparecerá, al término de nuestra reflexión, en todo su realismo, la necesidad de la Catequesis. No se la podrá tomar ya como institución estática y sólo para niños; sí, al contrario, como realidad viva, imprescindible en los infinitos sectores del devenir eclesial, si realmente nos empeñamos en que la Iglesia sea fermento del mundo no sólo geográfica y sociológicamente, sino en todo su espesor y densidad<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> «Le Règne du Christ sur l'homme et les civilisations ne sauraient advenir ainsi que de l'intérieur. Une annexion sociologique, une utilisation extérieure, l'apposition d'une étiquette chrétienne, risquent bien de n'être que les trompe-l'oeil d'un cléricisme sans profondeur: tout le problème de ce qu'on a appelé «civilisation chrétienne» trouve dans cette lumière sa véritable solution.

Pensamos, sin embargo, de modo especial, en la Catequesis familiar, escolar y parroquial e incluso en la celebración litúrgica. Dejamos bien asentado, con todo, que si bien es cierto que en ésta la exposición de la Palabra de Dios tiene elementos de instrucción, no lo es menos que ésta se inserta formalmente en acciones estrictamente litúrgicas; por lo mismo el aspecto cultural de la Palabra de Dios prevalece sobre su aspecto instructivo. De ahí el apelativo de «Liturgia» de la Palabra que tan justamente aplica el actual movimiento litúrgico a la primera parte de la Misa. Esta salvedad no impide que en la celebración litúrgica tenga también su lugar la Catequesis<sup>12</sup>. Por su parte, el carácter sagrado de la instrucción catequística que se recibe en la Liturgia puede recordar a la Catequesis el sello espiritual, de oración y de fe en acto, ley fundamental de la Catequesis, que, por desgracia, con harta frecuencia olvidan los catequistas.

#### *Inversión del orden cronológico de las etapas.*

La Iglesia en su legislación actual ha cambiado el orden de las etapas, tan estrictamente seguido en la época de las conversiones y primera propagación de la fe cristiana. Las razones de la legislación eclesiástica vigente son bien claras: juzga la Iglesia que, en una civilización cristiana, la fe explícita de los padres y padrinos es argumento de presunción en favor de la fe implícita de los niños. Por tanto, su falta de fe actual y consciente al recibir el Sacramento será remediada cuando, llegada la edad propicia, el medio ambiente y la acción directa de los padres y padrinos contribuyan a que las presuntas etapas se realicen de hecho. Tal presente está ello en la mente de la Iglesia que la legislación eclesiástica prohíbe administrar el bautismo, v. gr., en países de misiones, si no se tiene la presunción razonable de que el niño encontrará en el medio creyente el clima propicio para el ejercicio y desarrollo de su fe<sup>13</sup>.

Será, pues, tarea del ministerio catequístico colmar las lagunas que en el orden actual acarree.

---

Le baptême des sociétés et des civilisations, comme celui des personnes, présuppose la foi en Jésus-Christ, ou, du moins une certaine conversion intérieure». (P.-A. LIÉGÉ, O. P., *op. cit.*, p. 382.)

<sup>12</sup> Hoy por hoy, para los adultos no existe, prácticamente, otra posibilidad, a no ser que en el futuro la Iglesia acometa reformas pastorales de gran alcance.

<sup>13</sup> «Es lícito bautizar... al párvulo hijo de infieles... fuera del peligro de muerte, con tal que se garantice su educación católica... (C. I. C., c. 750, § 2).

Examinemos detenidamente qué función debe cumplir la Catequesis en relación con cada una de las etapas referidas: consideraremos los momentos del proceso de la fe cristiana que nos parecen imprescindibles, omitiendo tratar por separado de la instrucción mistagógica o sacramental por juzgar que, en cierto sentido, pertenece ya sea al bautismo, ya a la Eucaristía: de un modo o de otro se incluye en estas dos.

#### A) FASE KERIGMÁTICA.

El anuncio central dirigido al hombre para solicitar su conversión a la Palabra de Dios, tiene por objeto y contenido el señorío de Jesucristo resucitado, fundador del Reino. En este «kerigma» está, como en la semilla el árbol, la revelación cristiana en su integridad. A partir de ese centro, en círculos concéntricos, irá expandiéndose, detallándose y especificándose el contenido total, dogma, moral y Misterio litúrgico del cristianismo.

A la Catequesis toca, por una parte, desarrollar y acrecentar orgánicamente el volumen de esa semilla según las posibilidades intelectuales y morales del catequizando; por otra parte, debe tornarse constantemente en todas las instancias religiosas, en todos sus desarrollos doctrinales, a la fuente primera de la religión cristiana: Jesucristo, el Señor.

En este sentido decimos que la Catequesis, en todas sus fases, hasta en las muy avanzadas, debe ser catequesis kerigmática. De lo contrario se convertiría la religión en pura y fría especulación<sup>14</sup>: todo procede del «kerigma» cristiano y todo ha de recapitularse en él y a él referirse.

<sup>14</sup> La falta de esta savia de edificación religiosa, en la elaboración teológica de las Escuelas de Teología, ha sido el pretexto que ha impulsado a la moderna Teología Kerigmática a proponer la distinción entre el «bonum» y el «verum», como objetos distintos de la Teología Pastoral y de la Especulativa, respectivamente, como si el espíritu humano, iluminado por la fe, no pudiera unirlos en una misma disciplina.

Aceptando la anomalía de la disyunción, parece que la crisis está más que fundada, por lo menos en lo que se refiere al modo como «históricamente» se ha elaborado la docencia teológica. ¿Se encuentran muy a menudo, en nuestras Escuelas de Teología, profesores que sepan infundir a sus alumnos el aspecto «bonum» del «verum»? Obsérvese cómo oran, muchas veces, unos y otros al principio y al fin de las lecciones en las Universidades en que se enseña Teología. Pueden consultarse los siguientes artículos, interesantísimos, aparecidos primero en lengua alemana y luego en revistas francesas: Hans Urs von BALTHASAR, *Théologie et Sainteté*, «Dieu vivant», núm. 12, pp. 17-31.—P. Hirtz, C. SS. RR., *Théologie et Catéchèse*, «Nouvelle Revue Théologique», 77 (1955) 897-923.

Cierta inversión en la jerarquía de valores en las creencias y más concretamente en las devociones de buena parte de nuestro pueblo y de nuestros adolescentes se debe a una ausencia inquietante del Evangelio, de la Buena Nueva de la Persona adorable de Jesucristo en su mensaje directo, entusiasta y arrollador. No ven en Jesucristo al personaje actual, centro de su historia y de su vida, capaz de constituirse en ideal sumo y aglutinante de todas las instancias e intereses de la existencia humana.

#### B) LA CONVERSIÓN.

Es ante todo la acción de Dios, el impacto que su Palabra personal produce en el hombre, más que el choque y mutación psicológicos que éste siente. Es la base fundamental e imprescindible sobre la cual hay que contar constantemente en todas y cada una de las instancias de la educación, para la construcción del edificio espiritual.

Sin ella tendremos cristianos formalistas, con cierta corrección moral, sabedores incluso de conocimientos doctrinales, pero no mensajeros —y esto es esencial— de una persona viva ni fermentos de inquietud dentro de una masa sociológicamente cristiana pero que no siente la necesidad de convertir su fe en principio interno de transformación sobrenatural.

Nunca por tanto hemos de figurarnos una Iglesia convertida de una vez para siempre. Sería algo así como construir una iglesia y pretender no pasar nunca más por su pórtico, pretextando que se pasó ya una vez<sup>15</sup>.

Como la conversión personal no se dio, de hecho antes del bautismo, debe realizarse después. Y como, por otra parte, en cada fase posterior de su vida, el hombre debe volverse a Dios según una profundidad y seriedad que vayan de consuno con la modalidad propia de su personalidad psicológica en constante transformación, es necesario formarse de la conversión una idea dinámica, existencial<sup>16</sup>; es,

---

<sup>15</sup> El despertar religioso producido por los Cursillos de Cristiandad, Mundo Mejor y por otros movimientos modernos que, por otra parte, insisten simplemente en vigorizar valores tradicionales de gracia, sacramentos, oración, caridad..., nos descubren de manera casi brutal cómo han podido la rutina y el cansancio dejar en el olvido, inoperantes, valores que tanta fuerza transformante entrañan.

<sup>16</sup> Ese concepto, existencial y dinámico, de la vida cristiana, como obra de constante conversión, fue como la idea medular o *leit-motiv* que animó todo el pensamiento pastoral y moral del teólogo alemán Sailer (siglos xvii y xviii), uno de los vanguardistas del actual movimiento catequístico (Cfr. Heinz Joachim

pues, insuficiente, superficial y peligroso contentarse con un concepto estático de la misma. Es necesario vivir en una perspectiva constante de conversión a la Palabra de Dios, aun en las fases más adultas de la vida espiritual, aun en la misma vida del religioso: en efecto, Dios se revela sin cesar a la persona, en cada nueva instancia de su devenir, a medida que le otorga nuevas gracias o favores, ya naturales, ya sobre todo sobrenaturales. Es, sin duda, por no apoyarse suficientemente en este principio fundamental de la existencia cristiana por lo que la vida espiritual de tantos fieles, seglares o consagrados a Dios, deja a menudo no poco que desear.

Y es que el bautismo se sitúa a un nivel espiritual muy elevado, puesto que normalmente le precedió la conversión en la cual la acción de la Palabra de Dios ya ha santificado al alma por su deseo del bautismo: éste permanecería infructuoso si fuese recibido en edad adulta por un candidato no convertido previamente o, lo que es igual, indispuerto.

#### *La Catequesis y el proceso de la conversión.*

Actualmente, y por razones prácticas, la obra sería de conversión difícilmente puede realizarla otro ministerio que no sea el catequístico. Ahora bien, el hecho de que al llegar a éste los catequizandos aporten ya cierto acervo de conocimientos y prácticas puede contribuir a alucinar al catequista; correría la Catequesis el riesgo de perder de vista como obra y responsabilidad propias las instancias apremiantes a la conversión profunda del cristiano.

Debe, por tanto, la Catequesis, en los diversos momentos de su proceso, instar apremiantemente, en nombre del Evangelio, a la conversión sincera y personal, constituyéndose a sí misma en escuela y verdadera «pedagogía de la conversión» de los catequizandos. Debe animar en éstos la fe en Jesucristo, resucitarla incansablemente y darles los medios aptos que, a través del propio testimonio del catequista, gradualmente vayan dando profundidad a ese núcleo central de la conversión.

Es capital esta ley interna de la Catequesis. En efecto, aun cuando la educación familiar haya realizado la primera conversión, es necesario que más tarde ésta adquiera carácter adulto y exigente y com-

---

MÜLLER, *Die ganze Bekehrung. Das zentrale Anliegen des Theologen und Seelsorgers Johann Michael Sailer*, Otto Müller, Salzburg, 1956).

prometa todo el ser del hombre, habida cuenta de su sicología, edad y cultura. De hecho, con harta frecuencia la educación familiar ha sido formalista y excesivamente tradicional con cuanto de correcto, pero también de ambiguo contiene este concepto; más a menudo, quizás, se contenta con dirigirse sola o predominantemente a la instrucción de la mente, sin haber hecho creyentes auténticos, porque la Palabra de Dios no ha precedido seriamente a los Sacramentos, a la iniciación y formación con ellos unidas y a toda la instrucción cristiana<sup>17</sup>.

Tal como la vida de la Iglesia está organizada actualmente, ningún ministerio pastoral tiene tantas garantías de suscitar esta conversión personal como el catequístico; y, seguramente, ninguna Catequesis resulta más eficaz que la que se da en el marco de la escuela cristiana, si ésta lo es en el sentido pleno de la palabra: en la convivencia escolar, jornada tras jornada, de maestros y alumnos, convergen tal número de circunstancias de todo orden, religioso, doctrinal, psicológico, ambiental..., que permiten al alumno, si la vida escolar reúne un minimum de condiciones educativas<sup>18</sup>, ir dando solidez al mismo tiempo que matizando su conversión primera. La vida escolar, es tan favorable porque no puede concebirse verdadera conversión cristiana si ésta se reduce a lo estrictamente religioso. En efecto, debemos dirigirnos a Cristo como cristianos convertidos tanto en los cortos minutos de catecismo como en las disciplinas profanas, en los juegos, en el trato con los demás...

### *Catequesis, instrucción y conversión.*

La Catequesis, pues, junto con la instrucción propiamente dicha y, mejor aun, precediendo a ésta, al menos lógicamente, debe instar a

<sup>17</sup> «On a pu montrer dans des recherches historiques récentes que l'Eglise des Pères était fidèle à cette hiérarchie, tandis que la pastorale de l'Eglise post-tridentine l'avait bien souvent compromise» (P.-A. LIÉGÉ, O. P., *Initiation Théologique*, IV, capítulo VI, p. 361.—Cfr. también Louis VILLETTE, *Foi et Sacrement du Nouveau Testament à Saint Augustin*, Bloud et Gay, 1959).

<sup>18</sup> Es capital para ello que el profesorado, y de ningún modo sólo el director del centro, en labor de conjunto, animada por la caridad y el olvido de las propias ideas, reflexionen constantemente sobre el verdadero valor formativo de la labor que se realiza. La reflexión no debe situarse en un plano superficial, en el cual nos puede parecer más formativo lo que más efectos inmediatos y más contentamientos del orgullo colectivo del centro o de la institución local o nacional producen. La reflexión debe situarse, al contrario, en un plano profundo: en éste, ciertas lentitudes y fallos inmediatos pueden compadecerse perfectamente con verdadera formación a largo plazo. Es exclusivamente la que cuenta. Mientras no nos situemos en este plano, estamos engañándonos a nosotros mismos y traicionando a la Iglesia (Cfr. Jacques LECLERCQ, *Perspectivas cristianas de nuestro tiempo*, Colección «Prisma», Dinor, San Sebastián, 1958, 2.ª edición, cap. 3.º).

los catequizandos a la conversión. Sobre ella se injertan y fructifican los elementos y detalles de la enseñanza religiosa; sin la conversión tendríamos una fe reducida a aceptar intelectualmente como cierto un sistema de verdades, sin que éstas obren personalmente en el hombre y sean fermento de acción eclesial. Sería simple «ortodoxia».

La Catequesis, para asegurar su papel en este capítulo, ha de mover la voluntad a que, junto con la instrucción o enseñanza religiosa en su aspecto intelectual, se abraza con la vertiente de vocación personal de Dios encerrada en las «verdades», también cuando éstas se presenten sistemáticamente.

Los estados psicológicos más o menos sentimentales de conversiones juveniles no han de impedirnos ver, junto con la sinceridad y persuasión subjetivas, también su insuficiencia y relatividad respecto de la fe adulta que debe constituir la meta de nuestra intencionalidad pastoral.

### C) FASE BAPTISMAL.

En la disciplina de la Iglesia primitiva, el bautismo significaba el epílogo de un largo camino espiritual en el que los catecúmenos meditaban y contemplaban la Revelación y accedían a la plena conversión cristiana.

La vida de fe precedía al bautismo: ésta era realmente el «Sacramento de fe». Gracias a la Catequesis, llegado el momento de la celebración sacramental, los ritos bautismales constituían verdadera pedagogía de fe, al mismo tiempo que los últimos toques de la preparación al bautismo.

La recitación pública del «Credo»<sup>19</sup> que, en acto litúrgico, el catecúmeno hacía a la comunidad cristiana, significaba su entrada oficial en el Pueblo de Dios, testigo de su conversión como de su bautismo.

Recibido el sacramento con esas condiciones, se hallaba el nuevo bautizado dispuesto a realizar el acto eucarístico sacramental, no sólo por haber cumplido todos los requisitos jurídico-sociales exigidos por la Iglesia, sino también porque poseía las disposiciones necesarias a la entrada espiritual y activa en el Cuerpo Místico de Cristo.

El bautismo, recibido según las modalidades de la legislación actual de la Iglesia, encuentra al sujeto en condiciones muy diferentes,

<sup>19</sup> Franz Xaver ARNOLD, *El símbolo de los apóstoles en la cura de almas* «Orbis Catholicus», 2 (1959) p. 50.

por cuanto la fase bautismal es ahora el primer proceso que el niño realiza en el interior del Reino de Dios.

Recibe la fe como virtud o hábito infuso sobrenatural. Es el nuevo ser que lo eleva, lo consagra como hijo de Dios y le confiere capacidad de realizar actos sobrenaturales.

Por hallarse el niño en estado elemental de desarrollo psicológico, le es imposible actualizar personalmente su fe; sin embargo, ésta se le ha dado con vistas a su ejercicio. Por lo mismo, el bautismo encierra por su misma naturaleza tensión interna hacia la actualización posterior de las virtualidades en él contenidas. Para ello necesitará que, más tarde, se ofrezca a su facultad de acción un objeto de fe: es obra del mensaje de la Palabra de Dios.

### *Catequesis y bautismo.*

Aparece de nuevo aquí el papel de la Catequesis, de necesidad vital para la vida de la Iglesia y en la prolongación de la institución bautismal, de la que es, en cierto modo, complemento. Ya en su administración, la Iglesia percibe en lontananza con preocupación maternal el ministerio sublime de la Catequesis, que epiloga el bautismo, se injerta en él y ayuda a actualizarlo en etapas cronológicas sucesivas.

A la Catequesis incumbe, pues, desarrollar y dar el máximo de personalidad al germen de la fe depositado en el alma por el bautismo.

En relación con la vida total de la Iglesia, ya se puede afirmar que si el Bautismo es el acto de engendrar cristianos, la acción catequística corresponde al proceso de maduración del germen divino en él depositado. En todo tiempo, pero sobre todo en los años en que el niño es incapaz de actualizar personalmente esa vida, toca a la Catequesis ser pedagogía de la fe cristiana. Y lo será en la medida en que desarrolle dicha fe con miras a la perfección y estado espiritual adulto. Este es necesario para obtener la participación consciente y personal en la acción eucarística y para capacitar al cristiano de tal modo que se presente al mundo como miembro vivo y operante del Cuerpo de Cristo y en consecuencia como fermento de acción eclesial en todas las esferas del devenir histórico.

La eminencia inefable del ministerio catequístico es evidente a la luz de su función específica. En efecto, si es grande el ministerio bautismal, por el cual se deposita el germen de nueva vida cristiana, no

se ve por qué se ha de tener en menos el que cuida del crecimiento y desarrollo de ese germen y de conseguir que el cristiano adquiera vida espiritual rica, autónoma y llena de gracia en el seno de la Iglesia.

Es ministerio de la Iglesia «misionera», en cuanto que le proporciona extensión cualitativa, es decir, interna, intensa y profunda. Es evidente que así tiene que ser si queremos que la Iglesia goce de verdadera vida, ya que la fe no se ha de concebir como realidad inmóvil y estática, sino como organismo entrecruzado constantemente por fuerzas que le dan profundidad, solidez e intensidad o, por el contrario, la debilitan y empobrecen. Y es signo de superficialidad aceptar ideológicamente o, lo que es peor, comportarse en las actuaciones pastorales, como si bastase poseer la fe una vez para siempre, sin poner en movimiento las virtualidades que le son inmanentes.

Muchas realidades pastorales incurren prácticamente en esta aberración. No se trata aquí de capitulaciones en el campo de la doctrina, sino de comportamientos catequísticos dominados por el administracionismo, la burocracia, el racionalismo en la exposición del mensaje revelado, el memorismo fastidioso de fórmulas ininteligibles y sin vida para quienes las reciben. Semejante rutina en la presentación de la doctrina no es signo de amor a la verdad revelada; muy al contrario revela por lo común indiferencia hacia ella tanto más peligrosa cuanto que el mal se esconde bajo las aguas revueltas de lo inconsciente. Uno queda equivocadamente satisfecho porque pueda dar a la conciencia el testimonio de que la fórmula y la corrección ritual puramente material quedan intactas. Pero, ante Dios y las almas, ¿basta eso? <sup>20</sup>.

Este estado de cosas es especialmente sensible en el ámbito que atañe al ministerio profético: abandono de la predicación, defectuosidad e insuficiencia de su contenido, descuido del ministerio catequístico —una de las sangrías quizás más graves de nuestra pastoral <sup>21</sup>—, y finalmente el olvido de las leyes teológico-kerigmáticas que deben configurar y dar vida a toda nuestra acción profética <sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Cfr. KARL RAHNER, *Gefahren im heutigen Katholizismus*, Joannes Verlag, Einsiedeln, o bien la edición francesa, con el título *Dangers dans le catholicisme d'aujourd'hui*, Desclée de Brouwer, 1958, p. 125, 126, 128, 129.

<sup>21</sup> Cfr. COLOMB, Joseph, P. S. S., *Plaie ouverte au flanc de l'Eglise*, Lyon-Paris, Vitte, 1954.

<sup>22</sup> Cfr. las leyes que deben adornar la comunicación de la Palabra de Dios a las almas, en VIKTOR SCHURR, *Seelsorge in einer neuen Welt. Eine Pastoral der Umwelt und des Laientums*, Otto Müller, Salzburg, 1957, pp. 350-356.—Puedese consultar también el número 39 de «La Maison-Dieu», dedicado todo él al pro-

Por eso, la pastoral debe preguntarse en serio si tiene realmente fe en la fuerza interna de la Palabra de Dios; e interrogarse con ansiedad sobre si la formación teológica recibida en las Escuelas de Teología tiene bien en cuenta la unidad esencial entre la Palabra de Dios y el Sacramento de justificación y la necesidad que tiene éste de aquélla, si no quiere perder de vista la densidad del concepto genuino de la Teología sacramental al cual eran tan sensibles los Padres de la Iglesia <sup>23</sup>.

#### D) LA INSTRUCCIÓN RELIGIOSA.

16

A lo largo de su crecimiento en edad, el hombre va recibiendo en todo su ser, en su cuerpo y en su alma, nuevas influencias y nuevas aprehensiones del mundo en el cual está sumergido. Se puede decir que esta «mundaneitas», este «medium mundanum» <sup>24</sup> o forma del mundo, de tal modo influye sobre el ser en devenir, que, en cierto modo, lo determina a tal manera de ser concreto y relativo a ese medio ambiente: tanto lo espiritual como lo material quedan profundamente influidos y coloreados por él.

blema de la predicación. Son especialmente interesantes los artículos firmados por René GIRAULT, André LIÉGÉ, O. P., y Louis BOUYER.

<sup>23</sup> Nos produce verdadera pena y consternación siempre que comprobamos cuán fácilmente los domingos y días de fiesta se omite la homilía en la Misa, o, lo que es casi igual, se descuida su preparación y los principios internos de una Palabra que sea verdaderamente viva, doctrinal y adaptada a la capacidad, mentalidad, problemas y situaciones concretas de nuestro pueblo.

Es angustoso semejante estado de cosas cuando se examinan las consecuencias finales, no de tal o cual caso concreto, sino de actuaciones relativamente generalizadas, para la fe viva del pueblo cristiano, al cabo de una época determinada de su historia. ¡Y pensar que ninguna gozó de las condiciones que han favorecido a la nuestra! ¡Acaso por eso mismo! La inercia de los hombres es tan determinante que se hacen necesarias ciertas sacudidas que nos ayuden a caer en la cuenta de que, en pastoral, existe el peligro de que los tiempos aparentemente mejores en la vida exterior de la Iglesia entrañen serias tentaciones en todo cuanto respecta a su vida interior.

El *Catecismo alemán* enseña en la lección 65 que «peca contra la fe... aquel que no escucha nunca o sólo raramente la predicación, o falta a la enseñanza religiosa». ¿Qué habrá que decir a quienes no predicán o no enseñan, estando obligados a ello, o lo hacen sin un mínimo de impacto y de fuerza persuasiva?

En el siglo XIX, monseñor Dupanloup, obispo y catequista celoso, refiriéndose a la Pastoral profética, que juzgaba deficiente en su país, clamaba: «¡100.000 sermones cada semana en Francia, y todavía el pueblo conserva la fe!».

¡Y qué difícil resulta a la Iglesia del siglo XX recuperar las masas que el XIX le perdió! ¿Qué tal será el siglo heredero de nuestra pastoral actual? Las voces autorizadas que aquí y allá se dejan sentir no son todas optimistas, ni mucho menos.

<sup>24</sup> Cfr. Karl RAHNER; habla del «welthafter Mittlerer», que determina nuestra aprehensión de la objetividad (*Angst und Schuld in theologischer und psychotherapeutischer Sicht*. Ein Tagungsbericht, Ernst Klett, Stuttgart, 1959, páginas 54 a 67).

Con esto no negamos la libertad humana. Sólo afirmamos que el medio obre sobre ella, facilitando o dificultando la ordenación de su acto hacia el fin que le es propio.

Pensemos, por ejemplo, en el influjo que ejercen la cultura, la economía, el temperamento nacional o regional, el ambiente social, la geografía y el clima, las formas de piedad..., en la concepción religiosa del individuo <sup>25</sup>.

La verdad es que en la afirmación de la inteligencia, cuando no se trata de primeros principios axiomáticos y evidentes en sí mismos, la voluntad pesa seriamente; y con ella la afectividad y todo ese conjunto de apreciaciones personales subjetivas: éstas obran profundamente sobre las motivaciones del asentimiento, incluso en el orden puramente humano. Nada digamos del orden sobrenatural: la Sagrada Escritura está llena de testimonios sobre la ceguera espiritual, originada por el orgullo y la impureza del corazón <sup>26</sup>.

#### *La Catequesis y las edades evolutivas del hombre.*

El niño, y en general también el adulto que van madurando psicológicamente, realizan constantes descubrimientos en la existencia y renuevan sin cesar su esquema subjetivo de la vida, del cuerpo, de la cultura, de la civilización, del hombre, de sus relaciones personales, de los valores espirituales; en una palabra, de la realidad compleja en que están proyectados mucho más intensamente de cuanto ellos mismos son conscientes.

Por eso, teniendo en cuenta esta visión del ser concreto con sus circunstancias, bien puede decirse que en relación con las etapas psicológicas evolutivas posteriores, el hombre es eternamente adolescente, ya que si bien puede repetir actos que son materialmente idénticos, en un orden más profundo no lo son, puesto que él no es el mismo en las diversas etapas del fluir de su existencia: los va asimilando con conocimientos más profundos, con coloraciones afectivas, experienciales y con intereses que antes no tenía.

Para el mensaje evangélico, todo este mundo subjetivo es de suma importancia, ya que con toda esa carga de vida el hombre va a re-

---

<sup>25</sup> De ahí que sea grave deber del educador reflexionar en un plano profundo sobre la influencia de éstas y otras formas externas sobre la lenta gestación de la personalidad religiosa y humana de los educandos.

<sup>26</sup> Cfr. especialmente el Evangelio de San Juan, Id. la Epístola a los Romanos, I, 18-32.—Manuel GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la Historia de España*, Ediciones Rialp, Madrid, 1957, páginas 117 y siguientes, sobre el *Análisis ontológico de la fe*.

cibirlo o a rechazarlo y a adherir a él con su modalidad personal propia <sup>27</sup>.

Considerando el ser humano, todo cuanto es, como realidad dotada de ininterrumpida intencionalidad hacia su meta y no como laguna inmóvil, sin corrientes que la surquen, este fenómeno suscita peligros muy graves al equilibrio armonioso del hombre.

En efecto, desde el punto de vista religioso, es capital que se dé explicación y respuesta religiosa adecuada y proporcionada a todas esas corrientes, que, o eran hasta ahora desconocidas al educando o, lo que es para el caso lo mismo, le aparecen selladas con nuevas dimensiones.

Esta respuesta religiosa ha de presentar la síntesis del mensaje cristiano de modo cada vez más profundo y proporcionado a las necesidades del hombre, de tal modo que en éste se establezca equilibrio entre la enseñanza religiosa y cuanto reclaman sus tendencias fisiológicas, afectivas, sexuales, psicológicas, culturales, sociales, políticas, económicas...

En consecuencia, la fe, que en otras etapas psicológicas más elementales se ceñía a lo esencial, ahora va ensanchando su punto de mira y adquiriendo estado adulto, más exigente e iluminador de los verdaderos problemas del individuo <sup>28</sup>. La religión, lejos de aparecer como sistema abstracto, anquilosado y sin vitalidad, significaría la clave precisa reclamada por la existencia del individuo en su situación en la vida.

De ese modo, la formación religiosa elaborará en el hombre síntesis cristianamente perfectas y equilibradas de la ciencia y de la fe, de lo humano y lo sobrenatural: en ellas, la religión será catalizador y aglutinante, y dará sentido y forma a la complejidad de la vida humana.

Sin esta acción de la Catequesis, imprescindible especialmente durante la adolescencia, estudios técnicos y universitarios, encontraremos serios desequilibrios, muy frecuentes en los cristianos y particularmente funestos entre quienes poseen cierta cultura humana. La razón está en que el esquema científico que poseen del mundo no coincide con la idea que Dios tiene de él: por una parte, resultarán inevitablemente complejos de descrédito y de infantilismo en todo

---

<sup>27</sup> Es bien conocido, por ejemplo, el sello y matiz diferente, de acuerdo con su idiosincrasia, con que el genio oriental y el occidental han concebido el único mensaje cristiano: el occidente, más bien jurídico y legalista; el oriente, más bien místico y espiritual.

<sup>28</sup> Cfr. *Foi d'enfant... foi d'adulte. Nos responsabilités de catéchistes*. Les Actes du deuxième Congrès National de l'Enseignement religieux, París, 1957.

lo referente a lo religioso, considerándolo prácticamente desprovisto de verdadera seriedad y de trascendencia para la persona humana<sup>29</sup>; por otra parte, y como consecuencia de lo anterior, el factor religioso no solucionará, de hecho, los verdaderos problemas de la vida ni será fermento de la existencia que cada vez insiste con más ahínco en los valores de las realidades terrestres<sup>30</sup>.

### *Realismo de la acción catequística.*

En concreto, la religión ha de ocupar lugar como asignatura en todas las edades de la educación humana. Pensamos especialmente en los últimos años de bachillerato y más aún en la Universidad. Se la ha de explicar con el rigor científico que se exige a cualquier asignatura, teniendo en cuenta, claro está, la originalidad única del mundo de la fe, que requiere no sólo al asentimiento de la inteligencia, sino también la aceptación libre de la voluntad. Procurar ambas urgencias y de ningún modo exclusivamente la primera<sup>31</sup>, constituye grave deber del profesor de religión.

Sería desastroso pretender apoyarse únicamente en el ambiente religioso tradicional y familiar, bueno en sí, pero sujeto a la volubilidad y a los avatares del tiempo y a imprevisibles acontecimientos. El medio ambiental arrastra consigo, junto con excelentes elementos, también el lastre de formas, mentalidad, prejuicios de clase, injusticias sociales y mil equívocos más en nada conformes con el auténtico mensaje de Cristo. La religión cristiana es religión de luz<sup>32</sup> y de verdad, y no fatalismo ciego y absurdo. Por eso mismo es funesto invitar a prácticas religiosas que no vayan previamente fundamentadas

<sup>29</sup> El que los universitarios incluyan la religión en el grupo de «las tres Marías» sólo aparentemente es una broma sin importancia. Ni toda la responsabilidad, ni quizás la principal, recae sobre ellos. Habría que revisar sincera y lealmente el valor de los profesores de religión. Cuenta, sin duda alguna, el contenido intelectual de su enseñanza. Cuenta muchísimo la presentación y leyes catequísticas, psicológicas y pedagógicas de la doctrina que se imparte a nuestra juventud, así como el valor religioso, personal y humano de quienes les hablan.

<sup>30</sup> Cfr. Louis BOUYER, *La vie de la liturgie*, Cerf, París, 1956, capítulo 19, en que trata de la relación entre el Misterio litúrgico y el mundo.

<sup>31</sup> Cfr. Franz Xaver ARNOLD, *Grundsätzliches und Geschichtliches zur Theologie der Seelsorge*, Herder, Freiburg, 1949, p. 115-135.—Id., *L'acte de foi, engagement personnel*, Lumen Vitae, 5 (1950) 263-268.—Jean MOURoux, *L'expérience chrétienne*, Aubier, París, 1954.—Id., *Je crois en Toi. Structure personnelle de la foi*, Cerf.

<sup>32</sup> Entre los autores del Nuevo Testamento es, quizás, San Juan quien más insiste, en todos sus escritos, sobre el tema de la luz y de la verdad que nos trajo la Revelación cristiana.

sobre motivaciones doctrinales aceptadas libremente y con clarividencia por el individuo.

#### E) FASE EUCARÍSTICA.

Consideremos, finalmente, la misión de la Catequesis con respecto a la función sacramental de la Iglesia y más propiamente a su función eucarística, meta suprema y recapitulación de todos los sacramentos <sup>33</sup>.

Para ello reflexionemos unos instantes sobre el lugar que desempeña la Eucaristía en la Iglesia.

La Eucaristía es la Pascua de Cristo que realizándose en el tiempo histórico de la Iglesia constituye el acto mismo que la crea profunda y constantemente. La Iglesia la celebra comunitariamente en la caridad fraterna; celebrándola se expresa, se dice a sí misma y proclama su más genuina originalidad <sup>34</sup>. En la Eucaristía la Iglesia se dice «una», por la caridad; «católica», al darse cita en ella indistintamente todas las razas y civilizaciones; «apostólica», por ser el ministerio mismo de los apóstoles perpetuado; «santa», por cuanto en ella el pueblo cristiano se une a la fuente de las gracias, origen y motor de toda actividad verdaderamente constructiva del Reino en el mundo <sup>35</sup>.

El misterio eucarístico, si se considera la plenitud que la tradición patristica y teológica le atribuye, es término y como recapitulación de toda la santidad sacramental. Es la meta a que ha de tender el proceso de santificación del hombre, cuya acción debe consistir en actualizar las virtualidades que contiene para el hombre. Este principio debe aplicarse incluso a la misma vida mística.

La Eucaristía supone, pues, que el fiel ya ha sido fundamentalmente convertido a Dios, lo cual le permite acercarse al sacrificio eucarístico para celebrar, profundizar y expresar más y más la fe y el amor, que organismos eclesiales, lógicamente anteriores, le han procurado.

Hay que ser bien conscientes de esto: la unión eucarística sacramental supone y pide la unión precedente espiritual por la fe que la gracia sacramental intensifica y consume. Requiere, pues, el deseo de esa unión sacramental, deseo que por sí mismo ya une a Cris-

<sup>33</sup> S. T. III 2. 65 art. 3 ad primum.

<sup>34</sup> Cfr. José Juan RODRÍGUEZ MEDINA, *La Misa, escuela de la vida cristiana*, Educadores, 1 (1959) 551-555.

<sup>35</sup> Cfr. Louis BOUYER, *La Vie de la Liturgie*, Cerf, París, 1956, cap. 19.

to <sup>36</sup> y que cuando el sacramento no puede recibirse cumple su fin que es la «res sacramenti», según la doctrina de Santo Tomás <sup>37</sup>.

De ahí que el ministerio eucarístico se sitúe con lógica estricta después del ministerio cuya altísima misión consiste en convertir a la fe, renovar esa conversión, fomentarla y profundizarla. La Catequesis es, pues, umbral de la Eucaristía, por cuanto nos abre sus puertas y nos conduce a su intimidad. Sin la Catequesis, sin su acción profunda, el sacramento eucarístico tendería a quedar reducido «para el cristiano» a un simple «fenómeno» o apariencia meramente externa, sin cumplir el fin eclesial para el cual ha sido instituido, la consumación subjetiva en el hombre del misterio y «Paso» con Cristo de la humanidad, de la vida de pecado al Reino del Padre.

Veremos con más nitidez esta interrelación echando una ojeada global a modo de síntesis, sobre la Santa Misa, relacionando entre sí su primera y segunda parte y observando las interferencias profundas que entre ellas se dan.

Tengamos en cuenta, para prevenir equívocos, que aquí consideramos intencionadamente la Catequesis como el banquete espiritual de la unión con Dios que, mediante la fe, engendra la palabra divina. Salta a la vista que excluimos de nuestro pensamiento cualquiera noción, por desgracia frecuente, que conciba la Catequesis como actividad exclusiva o principalmente destinada al aprendizaje memorístico de fórmulas. Por el contrario, la definimos fundamentalmente como el encuentro del Misterio de Dios con el hombre en la Revelación de su palabra.

Para que se siga mejor el hilo de nuestro discurso, avanzamos la indicación siguiente:

Intentamos poner de relieve las relaciones internas y necesarias que existen entre la primera y la segunda parte de la Misa. Siendo ésta el acto central y en cierto modo, recapitulativo, de todo el Cristianismo y teniendo, por otra parte, la Liturgia de la Palabra muchos puntos de contacto e incluso de identificación con la Cate-

---

<sup>36</sup> «Christum habitare per fidem in cordibus vestris» (Eph. 3, 16). Cfr. Dr. Gottlieb SÖHNGEN, *Christi Gegenwart in uns durch den Glauben. Ein vergessener Gegenstand unserer Verkündigung von der Messe*, en la obra *Die Messe in der Glaubensverkündigung*, Verlag Herder, Freiburg, 1953, p. 14-28.

<sup>37</sup> Cfr. A. GRAIL, A.-M. ROGUET, *L'Eucharistie*, en «Initiation théologique», tomo IV, Cerf, París. 1954, p. 550.

quesis, se evidenciará el papel de ésta en la vida de la Iglesia si logramos esclarecer la función de aquélla en la Misa.

\* \* \*

La *Liturgia de la Palabra* es la Revelación actual del Misterio cristiano a la Iglesia y la presencia operante de Dios en el mensaje mismo de su Palabra, proclamada oficialmente por la Iglesia: Cristo ya está presente en su Palabra, ya hay comunión del Señor con el hombre. La unión sacramental sería poco operante si el hombre no se hubiera preparado uniéndose espiritualmente con el Señor al oír la Revelación de su Palabra, es decir, en la primera parte de la Misa.

Así se pone de relieve la unión orgánica que existe entre la Liturgia de la Palabra y la Liturgia sacramental.

En efecto, debemos considerar el proceso de toda la Misa como la reproducción misteriosa del itinerario de la Palabra de Dios que a lo largo del año litúrgico repite en sus rasgos esenciales la Historia de la Salvación cristiana: esa Palabra (primera parte de la Misa), animada por el espíritu, en cierta manera va como densificándose constantemente hasta constituir el Sacramento del Cuerpo de Cristo (segunda parte de la Misa).

Semejante perspectiva no tiene nada de arbitrario. En efecto, si se enfoca la Misa en sus líneas esenciales y con visión de conjunto; si se examinan sus textos, pero sobre todo la misteriosa realidad que les es inherente; si prescindimos de ciertos detalles algo embarazosos que pueden oscurecer la marcha de este proceso, descubriremos cómo en su primera parte, a lo largo del año litúrgico Dios nos declara los diversos aspectos y facetas de su Revelación. De ese modo, va formando y reuniendo espiritualmente al pueblo cristiano para que, conociendo y poseyendo espiritualmente a Dios, esté interiormente dispuesto a acceder a la Eucaristía.

Con el Prefacio da comienzo el Canon. Esta parte es toda ella «Eucaristía», es decir, la acción de gracias lírica que resulta de la conmemoración celebrada comunitariamente de las gestas y maravillas divinas oídas por el pueblo en la Palabra de Dios<sup>88</sup>. Sigue, como se ve, la línea dinámica de la primera parte de la Misa. Esto nos ex-

---

<sup>88</sup> Esto aparece más claro comparando las liturgias de Oriente y Occidente, sobre todo las más antiguas. Cfr. v. gr. la anáfora griega de la Liturgia de San Basilio, en la cual esta estructura es más evidente: cfr. Cipriano VAGAG-

plica por qué sin mentalidad y espiritualidad sensibles a la Historia bíblica, Historia de la Salvación cristiana y, por consiguiente, sin constante adhesión profundamente religiosa y comunitaria abierta al Misterio de la Liturgia de la Palabra, es imposible entender en toda su densidad las líneas fundamentales de la Eucaristía en la segunda parte de la Misa.

### *Unión de Palabra y Sacramento.*

Llegada la consagración —celebrada toda ella con palabras sagradas, cuyo fondo es de nuevo la Historia de la Salvación— el Verbo del Padre, hasta ahora operante en su Palabra, se hace sacramentalmente presente por la virtud de esa misma Palabra, de tal modo que ésta adquiere su punto culminante y densidad máxima: unida al elemento material constituye el Sacramento. De ahí que perdería la Eucaristía su profundo significado si se la redujese a las palabras consagrantes, separadas de su contexto natural <sup>39</sup>.

La Iglesia pone de relieve esta unidad y complementariedad de las dos partes de la Misa por el hecho de haber escogido precisamente la primera parte para ordenar al sacerdote y porque no permite nunca la celebración de la Eucaristía sin la Liturgia evangélica.

A la luz de cuanto llevamos dicho resalta cuán desintegrador de la «síntesis» eucarística es cualquier género de exagerado sacramentalismo, excesivamente indulgente en su administración, y que descuide dar relieve a la Palabra de Dios, a la predicación que la comenta y a los ritos sacramentales, vehículos de gracias, pedagogía del Sacramento y verdaderos sacramentales, ya que forman unidad con los sacramentos, de los que son como el cortejo y la extensión.

Es normal que la conciencia litúrgica, que tanto se ha despertado

---

GINI, O. S. B., *El sentido teológico de la Liturgia. Ensayo de Liturgia Teológica general*, B. A. C., Madrid, 1959, p. 162-166.

<sup>39</sup> «Es preciso afirmar que la Eucaristía es consagrante porque incluye la palabra final de Dios: «Tomad y comed: esto es mi cuerpo», y porque por medio de la oración de acción de gracias, Cristo, en acto único, se ofrece a sí mismo al Padre al mismo tiempo que se nos da como alimento. Estas dos explicaciones se completan entre sí, y cada una supone la otra. Separada de la acción de gracias, la Eucaristía desaparece. Y la oración de acción de gracias, por su parte, no tiene sentido alguno si no es la respuesta a la Palabra de Dios sugerida y creada por esta misma palabra» (Louis BOUYER, *La vie de la Liturgie*, 175 y 176.—Cfr. A. M. ROGUET, *Proclamación de la Palabra de Dios*, Seminarios, número 7 (1958) 3-19.—BETZ, Dr. Joh, *Wort und Sakrament. Versuch einer dogmatischen Verhältnisbestimmung*, en la obra *Verkündigung und Glaube*, Herder, Freiburg, 1958.

en los últimos tiempos, sea tan sensible al ministerio profético-litúrgico y le conceda importancia capital para la verdadera y seria inserción del hombre en la Eucaristía<sup>40</sup>. Es también obvio que, por lo que se refiere al otro sector del mismo ministerio, la Catequesis, la pastoral católica vaya cayendo más y más en la cuenta de su necesidad para la vida de la Iglesia, al lado de la vida sacramental de la que es preparación.

Por eso mismo, la tendencia a hacer más accesible la Liturgia y el mensaje de la Biblia, poniendo su texto al alcance del pueblo cristiano, es mucho más que simple complejo de cambio; es el descubrimiento auténtico de su valor pastoral.

### *Palabra y Comunión.*

La relación de la primera parte de la misa con la comunión sacramental es complemento de su relación con la Consagración. En efecto, el Señor que se recibe en la comunión es el Dios vivo y concreto. Nos manifestó sus designios e intenciones como protagonista de la Historia de nuestra Salvación. Este mensaje lo hallamos en el libro por excelencia que contiene su Palabra, la Biblia. En consecuencia, si los fieles prescindieren de ella —en la primera parte de la Misa tenemos su expresión oficial— no tardará la comunión en tornarse subjetiva, individualista, sensiblera. Entonces, en lugar de hablar en ella Dios al hombre y de escuchar éste el tenor de la voluntad de Dios, será el hombre quien se proyectará sobre sí mismo, desdoblado en cierto modo su personalidad con ideas y problemas mezquinos, egoístas e incluso supersticiosos que tomará como venidos de lo alto<sup>41</sup>.

<sup>40</sup> Cfr.: Romano GUARDINI, *El Testamento del Señor. Preparación para la Santa Misa*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona, 1955, páginas 195 a 200. En estas páginas trata el autor la relación que existe entre la Eucaristía, estrictamente dicha, y la Palabra de Dios o primera parte de la Misa.—Louis BOUYER, *Le Mystère pascal. Méditation sur la liturgie des trois derniers jours de la Semaine Sainte*, Cerf, París, 1957, 5.ª edición, p. 317-319.

<sup>41</sup> En el siglo de los descubrimientos del psicoanálisis, no puede dudarse de cuán extendido se halla este narcisismo espiritual en almas por otra parte piadosas y de buena voluntad. Tal estado de cosas acarrea males innumerables, de modo especial en nuestros días en que con renovada urgencia se requiere el concurso de los cristianos en trabajos situados en un plano social e internacional y no estrictamente individual. Para esas obras, el mundo precisa de hombres con temple y personalidad no comunes: tales hombres no los forja una religión concebida como algo puramente individual y egoísta, destinado a solucionar nuestros pequeños intereses materiales o afectivos de última hora.

La raíz de este subjetivismo religioso está, a nuestro entender, en esa unilateralidad que consiste en seleccionar de la Revelación los aspectos más conformes con nuestras ideas personales, desechando aquellos otros que nuestro egoísmo prefiere soslayar. ¿Cómo se explica, si no, esa insensibilidad a la caridad cristiana y a la justicia social, que se observa en muchas personas piadosas,

De lo dicho se desprende la vinculación que con la Eucaristía y sacramentos tiene el ministerio profético: liturgia de la Palabra, acción catequística. Sin él, la Eucaristía se desvirtúa, se extenua y deriva insensiblemente hacia el subjetivismo religioso<sup>42</sup>.

*La Palabra, el sacramento y la vida de todos los miembros de la Iglesia.*

El ministerio profético es de lo más eficiente que pensarse puede para la acción salvífica de la Iglesia. En efecto, expone la hondura polifacética del misterio eucarístico; nos dice sus relaciones con la acción cristiana en toda su complejidad; sus consecuencias para la vida según la moral evangélica; dispone al hombre interiormente a abrirse y a entregarse al Misterio eucarístico; en una palabra, nos revela la visión objetiva y, en cuanto somos capaces, completa de los designios divinos sobre el hombre. De ese modo, preparando y disponiendo el terreno, llevando en sí mismo la presencia del Señor, nos introduce en el mundo y ámbito de la vida sacramental. De ahí que sea el ministerio profético el umbral al que se ha de acceder si se quiere entrar con pie seguro en la vida sacramental<sup>43</sup>.

Estas perspectivas teológicas no se aplican exclusivamente a los niños. La Catequesis de adultos, de acuerdo con formas, métodos y modalidades propias, debe ser una de las piedras angulares de la pastoral de la Iglesia, ya que la vida cristiana, si bien es necesario que se alimente de las fuentes sacramentales, no lo es menos que se nutra y apoye en la Palabra de Dios: el dinamismo o, por el contrario, el debilitamiento o extinción de la fe cristiana en pueblos tradicionalmente católicos están menos en función de la vida sacramental que de la predicación y catequesis: éstas debieran ser las que, a lo largo de la vida entera de los adultos, les revelasen, en concreto, las exigencias precisas que los sacramentos, especialmente la Eucaristía, solicitan del cristiano en su vida individual, matrimonial, social, económica, internacional... No basta con ir a Misa y comulgar en ella: la Misa es el

---

sin excluir a los consagrados de manera especial al servicio divino y vida de perfección?

<sup>42</sup> De esto adoleció el período precedente al Protestantismo. Tal estado de cosas no fué ajeno al éxito que obtuvo la Reforma luterana en la cristiandad. No pocos cristianos hallaron en las doctrinas de Lutero, sobre todo en la primera etapa de su predicación, el correctivo de una religión convertida con harta frecuencia en acervo farragoso de prácticas y asociaciones piadosas, con dimensión puramente individual, interesada y terrena. (Cfr. Yves M. J. CONGAR, O. P., *Falsas y verdaderas reformas en la Iglesia*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1953, p. 115, 116, 262, 264, 435.)

<sup>43</sup> Cfr. Mr. l'Abbé SAUDREAU, *Le catéchiste situe sa mission dans l'Eglise*, Documentation Catéchistique 39 (1958) 31 y 32.

gran «Signo» de la Iglesia; como ocurre con todo signo, es de suma importancia que desentrañemos el misterio inefable que encierra y nos abracemos a él <sup>44</sup>.

### III.—Corolario: Acción de Dios y respuesta del hombre

De cuanto hemos dicho hasta aquí surge un *Corolario* que han de tener en cuenta, en la vida pastoral, tanto el catequista como el sacerdote. Nos referimos a la «precipitación ~~final~~» de los sacramentos y al «sacramentalismo» — ritos

En la Edad Media y después del Concilio de Trento, como reacción antiprottestante, se ha acentuado en la teología y pastoral católicas cierta noción del «opus operatum» sacramental algo ajena al pensamiento patrístico <sup>45</sup>. Consiste en hacer resaltar de tal modo la acción eficaz objetiva que Dios opera instantáneamente cuando se pronuncian las palabras sacramentales, que prácticamente se olvida el adagio escolástico: «Sacramenta propter homines», los sacramentos han sido instituidos teniendo en cuenta la naturaleza encarnada del hombre. Este, para hacer suya la riqueza sacramental y excitarse a la fe que los sacramentos presuponen, tiene necesidad de ritos, palabras, símbo-

<sup>44</sup> Pensamos con verdadera ansiedad en el fenómeno moderno de la emigración y del trasiego de pueblos enteros, hoy prácticamente necesario e imposible de impedir. Los sociólogos opinan que es el problema más acuciante que pesa hoy sobre la Iglesia y creen que él solo puede hacer oscilar decisivamente el número de hijos de la Iglesia en cuestión de pocos decenios.

Ya existen datos sobre la capacidad de resistencia y de perseverancia en la fe de ciudadanos de nacionalidades diversas. En lo que se refiere a nuestro pueblo los augurios están lejos de ser muy reconfortantes.

Es necesaria la catequesis. Lo es la predicación. Son más necesarios aún cierto estilo y leyes internas en ambos: hemos de predicar la Palabra de Dios; hemos de excitar al hombre a la auténtica conversión. No podemos perder el tiempo con vanas retóricas. Hoy se ha de insistir primordialmente y con sencillez evangélica sobre cuanto el Cristianismo tiene de original y propio: Misterio de la Pascua, Eucaristía, Gracia, Hombre Nuevo, Paternidad divina, Revelación y Palabra de Dios, Iglesia... Sin estos presupuestos fundamentales, todos de orden dogmático, no tendrían sentido cristiano las urgencias morales de preceptos, prácticas, ritos y acciones apostólicas que se imponen a los hijos de la Iglesia.

<sup>45</sup> P.-A. LIÉGÉ, O. P., *Le Mystère de l'Eglise*, Initiation Théologique, vol. 4, 1954, p. 361.—Cfr. Franz Xaver ARNOLD, *Grundsätzliches und Geschichtliches zur Theologie der Seelsorge. Das Prinzip des Gott-Menschlichen*, Herder, Freiburg. En las páginas 159-161 (*zum übertriebenen Objektivismus nachtridentinischer Pastoral: exagerado objetivismo de la pastoral postridentina*) describe los abusos a que dio lugar la unilateralidad sacramental, sobre todo en los siglos XVII y XVIII.—Id., *L'acte de foi, engagement personnel*, *Lumen Vitae*, 5 (1950) 263-268.—Para estudiar el pensamiento y la práctica del Nuevo Testamento, de la Iglesia primitiva y de los Padres, hasta el siglo V, a este respecto, puede consultarse con mucho provecho el reciente libro: Louis VILLETTE, *Foi et Sacrament*, Bloud et Gay, 1959.

los, gestos, movimientos, profesiones de fe... Todo ello se endereza a «ex- plicar» en sus partes y «ex- poner» los efectos del misterio insondable del Sacramento, según la capacidad humana de captación<sup>46</sup>.

Si esta perspectiva se descuida, los sacramentos tienden a convertirse en acciones que Dios sólo realiza, sin que produzcan el fin completo para el cual han sido instituidos: la gloria de Dios rendida por Jesucristo y por todo el Pueblo cristiano, y la santificación del hombre.

Consecuencia de este enfoque unilateral del «opus operatum» ha sido la separación entre liturgia y pueblo, el apresuramiento y reducción al minimum esencial en la administración de los sacramentos, el descuido de los ritos, de su inteligibilidad y perfección humanas, el dejar en la penumbra y, a veces, en absoluto olvido la labor catequístico-pastoral o explicación oral de los ritos y palabras que acompañan a la administración de los sacramentos, que debe ir continuamente unida a los Sacramentos, para que éstos produzcan la totalidad de los efectos que les son propios. Con ello, han disminuido la seriedad y la profundidad de la acción sacramental; se ha olvidado que los Sacramentos no son sólo para cumplir ni sólo para perdonar los pecados o para recibir con un minimum de fruto al Señor, sino para no pecar más, para producir santidad...; no se ha prestado la suficiente atención a la ley del crecimiento hacia adentro de la Iglesia, según la cual, para el Cuerpo Místico, para la interacción de sus miembros en el plano de la acción humano-cristiana y de sus relaciones espirituales (comunión de los santos), no da lo mismo a la Iglesia disponer de hijos tibios, al simple nivel de la conversión o menos aún, que el tenerlos al nivel relativamente alto que supone la vida eucarística<sup>47</sup>. Esta da, en efecto, por su propio dinamismo interno, a quienes de ella viven, el ser instrumentos de acción en la Iglesia, signos declarados y reflectores de la especificidad de su ser. En otros tér-

<sup>46</sup> Esto evoca un problema muy importante relativo a la Catequesis litúrgica: se ha de partir preferentemente del sentido obvio de los ritos y símbolos al explicar los Sacramentos; en Catequesis es menos apropiada la clásica distinción teológica de «materia y forma». Púedese consultar: P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, F. S. C., *Introducción a la Teología Pastoral de la Misa*, Colección «Sínite» núm. 2, Bruño, Madrid, 1960.—A.-M. ROGUET, *Les Sacrements en général*, *Initiation Théologique*, vol. IV, 1954, p. 434, 437, 438, 446, 447 a 459.—P.-A. LIÉGÉ, O. P., *Théologie de l'Eglise et problèmes actuels d'une pastorale missionnaire*, La Maison-Dieu, núm. 34, p. 5 a 19 y de modo especial la p. 17.

<sup>47</sup> «Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante: que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo, dirigidas a este objeto, y de la colaboración de los Pastores y de los fieles, sobre todo de los padres y madres de familia, con la que vienen a ser como cooperadores de nuestro divino Salvador» (Encíclica «Mystici Corporis»).

minos, aquí, más que en cualquier otro terreno, la calidad es función de primer orden: la Iglesia tiene un género de infalibilidad, prometida por Cristo, que depende de El solo: según ésta, las puertas del infierno no la vencerán. Pero su fecundidad, apostolado y expansión dependen también de los frutos que la gracia haya producido en los hombres que componen la Iglesia, si es cierto que ésta es, como dijo Bossuet, Cristo propagado por todo el mundo<sup>48</sup>.

#### IV.—Conclusiones

Al término de este trabajo, se desprenden de cuanto llevamos dicho dos conclusiones:

La *primera* es la trascendencia del ministerio catequístico para la vida verdadera de la Iglesia, que es su vida interior. Esto no aparece sino a los ojos de la fe. Por ser tal perspectiva de fe harto deficiente, se posterga dicho ministerio en favor de otros más brillantes, rumbosos y halagadores: ocuparse de infundir el conocimiento y amor de Jesucristo en los corazones de niños pobres espiritualmente y, a menudo, también físicamente, puede parecer tarea desesperada y sin porvenir digno a quienes otras ocupaciones apostólicas ofrecen señuelos más halagüeños a los ojos humanos.

Pero debemos reflexionar con los criterios que nos aportan las leyes internas del proceso espiritual de la vida cristiana. Con ese enfoque, no se puede dudar que dicho menosprecio y postergación de la Catequesis, cualesquiera sean sus autores, y ora se explicita con términos verbales, ora se manifieste —cosa aún más grave— con actitudes pastorales que ignoran a menudo la misma existencia de la Catequesis, señalan debilidad interna y desequilibrio en el concepto teológico que se tiene del crecimiento y sostenimiento espirituales de la vida cristiana. En última instancia, ponen al descubierto una falla pro-

---

<sup>48</sup> Como ejemplo gráfico de esta doctrina vaya la siguiente anécdota que expondrá al vivo la aplicación pastoral de estos principios: Cierta parroquia de una grande ciudad española se quejaba a un catequista del exiguo número de niños que los domingos se acercaban a comulgar. Se trataba de niños provenientes de familias de escasa fe cristiana y no practicantes en su mayoría. Su procedencia familiar era causa suficientemente motivada para no precipitar la recepción de los Sacramentos. El amor propio del párroco hubiera deseado ver ya desde el principio a todos esos niños rodear la Sagrada Mesa. El catequista le responde que no le faltaban medios para conseguirlo inmediatamente: premios, alabanzas, control militar, reprensiones... Pero, ¿qué se ganaría para el Reino de Dios? ¿No se pierde, más bien, realizando actos religiosos sin «verdad» y sin que la libertad esté puesta, en la medida de lo que la edad permite, a disposición de la gracia?

funda en la eclesiología que profesamos, considerada ésta, al menos, en sus aplicaciones y manifestaciones de orden pastoral.

En *segundo lugar*, hay que concluir por fuerza que cuanto llevamos dicho pide cierto «estilo de Catequesis» exigente en sus leyes de forma, pero, sobre todo, de fondo y de contenido: que no se reduzca a la simple comunicación de conocimientos o nociones abstractas; que tampoco se limite a la memorización inexorable del texto de catecismo, aprendido al pie de la letra, mediante la fuerza y, quizá, el argumento «contundente».

No. La verdadera Catequesis no se limita a simple ortodoxia de fórmulas. Hemos de convencernos de que la presencia de Dios está ya contenida en la Palabra que dirigimos a las almas. El catequista se olvida, desgraciadamente con harta frecuencia, de que su mensaje lleva en sí esta inmediatez divina. De lo contrario, no se darían ciertas rutinas y falta de entusiasmo en buscar las formas que son más propias y adaptadas para llevar el mensaje de Dios a las almas<sup>49</sup>.

Se requiere, pues, concebir la Catequesis como actividad santísima destinada a hacer creyentes, a comunicar el alegre kerigma o mensaje de una Persona viva, que tiende a hacer discípulos de Cristo; que, mediante el ministerio de la Palabra, convierte, sustenta y lleva a las almas a la cima sublime de la Eucaristía.

Cuando hoy volvemos los ojos hacia el estilo de Catequesis de los Padres de la Iglesia, de San Cirilo de Jerusalén, de San Agustín, de San Ambrosio..., para tratar de encontrar en ellas luz y guía, no puede uno evitar el dejarse invadir por cierta nostalgia, que nada tiene de imaginaria<sup>50</sup>.

P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, F.S.C.

<sup>49</sup> Karl RAHNER dice palabras muy graves sobre la inercia y desinterés que revela el contentarse con la simple repetición monótona, pesada y sin vida, de las fórmulas religiosas. Esto que, visto superficialmente, parece respeto al texto religioso, si se lo considera con profundidad es más bien postura de indiferencia ante algo que no nos preocupa ni nos aguijonea seriamente. (Cfr. Karl RAHNER, *Gefahren des heutigen Katholizismus*, o bien su traducción francesa, *Dangers dans le catholicisme d'aujourd'hui*, Desclée de Brouwer, 1958, p. 125-129.)

«Un des défauts qu'engendre notre prédication chez les chrétiens est certainement le verbalisme. Ils connaissent leur religion, ils ont des  *croyances*, ils sont même orthodoxes dans leur affirmations, mais le mystère chrétien n'est point devenu dans leur vie et dans leur conscience réalité organique, vivante et une. Il semble que les mots aient partout préexisté à l'affirmation de réalité, et l'affirmation de réalité à l'attitude religieuse, Nous touchons là à un échec grave de notre prédication, dont la pédagogie n'est certainement pas celle qui convient à la transmission de la Parole de Dieu.» (P.-A. LIÉGÉ, O. P., *Contenu et pédagogie de la prédication chrétienne*, La Maison-Dieu, núm. 39, p. 29.)

<sup>50</sup> Cfr. A.-G. MARTIMORT, *Catéchèse et catéchisme*, La Maison-Dieu, núm. 6 (1946) 37-48.—Antoine PAULIN, *Saint Cyrille de Jérusalem catéchète*, Coll. «Lex Orandi», Cerf, París 1959.—Hans Urs von BALTHASAR, *Théologie et Sainteté*, Dieu vivant, núm. 12, p. 31.